

Como cada año, desde 1970, el Club de Música y Jazz San Juan Evangelista, de Madrid, madruga. Su VI ciclo «Jazz es primavera» comienza el 6 de marzo con cuatro sesiones (días 6, 7, 13 y 20) del mayor interés que preparan el paladar del aficionado

## En clave de libertad



En la foto de la izquierda, Billy Branch y los Sons of Blues. A la derecha Randy Weston

**C**ON la visita del legendario pianista cubano Bebo Valdés se inaugura el próximo sábado 6 de marzo el apretado calendario *jazzístico* que para la temporada ha dispuesto la VI edición del ciclo «Jazz es primavera». Le corresponde así al entrañable recinto del San Juan Evangelista abrir la temporada para el género con una lección de libertad poco próxima al tedio. Será antes de que lleguen actuaciones tan enjundiosas como las de la banda del armónico Billy Branch y las presentaciones del violista alemán Walter Fährdrich y el pianista Randi Weston.

Hace ahora seis años que, en Madrid, este es el gran escaparate del jazz cuando la primavera llega. Un encantamiento sonoro que, pese a la reducción de su contenido, sobresale de cualquier otra iniciativa debido a la audacia de sus programaciones. Esta vez, como en años anteriores, al enunciado de su cartel se le ha añadido un sumario que dice «Gigantes de la Música Popular», acaso para justificar que, al menos, uno de sus cuatro conciertos poco —si no nada— tiene que ver con aquel mensaje primero de tolerancia que la vieja cadencia de Nueva Orleans trajo desde que

músicos y promotores dignificasen su discurso en los años 30. Se trata, en todo caso, de cuatro jornadas excelentes que, sin duda, alcanzarán grado, cuando en la noche del cierre, prevista para el sábado 20 de marzo, el pianista de Brooklyn Randy Weston salte a la escena del «Johnny» para revelarnos las calidades de sus últimos argumentos.

Estrechamente vinculado al universo de Duke Ellington y Thelonious Monk, Randy Weston es uno de los músicos que con mayor lucidez se ha empleado en la reconstrucción desde la modernidad de los cimientos africanos del jazz. En su exhibición el aficionado

«RANDY Weston es uno de los músicos que con mayor lucidez se ha empleado en la reconstrucción desde la modernidad de los cimientos africanos del jazz»

encontrará singular combinación entre las percusiones mayores de Neil Clarke, los graves del contrabajista Alex Blake y las abrasivas volutas aéreas del saxofonista Talib Kibwe. Esta formación, además de respaldar en su concierto al pianista, frustra cualquier tentativa de equivalencias, por audaz que ésta sea; incluso aquella que, hace tres años, aventurase el pianista Hank Jones en su proyecto *Sarala*, junto a Cheick Tidiane Seck y The Mandinkas. Weston hace tiempo que entiende que la configuración de su ideario estético le lleva por caminos más abiertos que aquéllos y, desde luego, la referencia discográfica más reciente de la que tenemos constancia, *Kephera*, lo consigue ciento por ciento. Es un cedazo de la cultura contemporánea a cuya superficie asoman muy bien diferenciadas, algunas de las mejores formas atemporales de la música africana y —asómbrense, si es que aún no lo sabían— también de la remota civilización Chang de China.

El domingo 7 de marzo el programa se acercará al blues de Chicago, a través de la figura del cantante Billy Branch. La sonoridad de la armónica con la que este personaje dobla quehacer es clara y rotunda, y, a estas al-



turas, ya ha demostrado ser uno de los episodios más expresivos de ese blues de siempre que, desde Chicago, se hace de nuestros días para el neófito. Mascarón de proa en las programaciones de los clubes Mother's y Bidy Mulligan's de tan legendaria localidad, es claro que Branch ya no precisa del aval de Willie Dixon o Jimmy Walker, con los que una vez colaboró. Le basta en el empeño la vigilancia rítmica de una terna de músicos —entre los que se cuenta el guitarrista Andrew Osés— y un repertorio que barre para casa esencias de Somy Boy Williamson, Muddy Waters y alguna propia, para sacar al personal de su inercia y hacer que sienta y viva con sus fogosas maneras en escena.

La música de otra leyenda de la música latina, Bebo Valdés, tampoco podía dejar de estar presente en esta muestra, y a su combo, la Eladio Reinón Latin Jazz Band, se han apuntado el propio Reinón, desde los saxos, Matthew Simon en la trompeta, Normen Hougue en el trombón, Vinçenc Solana en la guitarra, José Pérez en el bajo, y los percusionistas Pere Gómez, Luis A. Guerra y Richard Valdés. Pero eso sucederá en la apertura de la feria, el sábado 6 de marzo, y todavía queda espacio para que el 13 del mismo mes el violista Walter Fährdrich defienda sus tesis sonoras sin respaldos ni relevos, en un concierto que es estreno peninsular para su música resuelta en los bordes de la vanguardia; solo él y la provisión eximia del arco de su instrumento, rastreando lecturas nuevas para sonidos de siempre. Como puede apreciarse, se trata de una oferta de abundantes proteínas estéticas y con un final para la evocación que a todos honra.

Luis Martín

## WALTER FÄHRDRICH: «El arte y el comercio son antagonistas»

**H**AN transcurrido siete años desde que Walter Fährdrich conoció el mercado del minimalismo con su disco *Viola*, y, aún hoy, esa sonoridad continúa engarfiándose en la memoria más selectiva del oyente. Confirma, en todo caso, que las expectativas creadas con sus entregas son únicamente la excusa que el compositor utiliza para acoger en el seno de su creatividad la aportación que él mismo hace a la música contemporánea con un instrumento, la viola, en realidad, muy antiguo. Cinco siglos de arte hecho con arco, que ahora tienen continuidad en *Viola VII* y en el concierto que el 13 de marzo ofrece en el San Juan Evangelista, de Madrid.

—¿A partir de qué referencias estéticas ha evolucionado su música en los últimos años?

—Fundamentalmente, a partir de a música electroacústica y de la tradicional de origen asiático. Ambas son muy importantes en mi proceso creativo, por cuanto me permiten percibir la cultura de otro modo, escuchar la música desde ángulos poco convencionales. Durante

muchos años he experimentado con los recursos que me brinda la electrónica y he tocado el sitar. Los contenidos de mis obras se nutren, desde luego, de esas dos disciplinas.

—¿Y por qué un instrumento como la viola?

—La razón tiene origen en el violín que mi padre me regaló cuando tenía siete años. Más tarde, cuando en el Conservatorio de Viena me ofrecieron la posibilidad de utilizar la viola durante un ensayo de orquesta, no dudé en cambiarla, y, desde entonces, mantengo un hermoso idilio con el instrumento. La coloratura de su sonido tiene unas posibilidades que al violín, desde mi punto de vista, le están negadas.

—¿Qué clase de público es el suyo?

—Abierto. Sin prejuicios. Gente que desea interesarse por cosas que no son evidentes. Gente que busca y, a fuerza de buscar, a veces encuentra.

—Veinticinco años después de sus trabajos como compositor y ambientador para emisoras de radio, teatro, cine y ballet, ¿cree que el comercio y el arte pueden convivir en armonía?

—Difícilmente. Uno y otro aspecto siempre han sido antagonistas. En arte existe un compromiso que nada tiene que ver con las concesiones de mercado y tiene un carácter estrictamente minoritario. Cuando uno hace arte con seriedad, se encuentra a veces con sentimientos arrinconados, incómodos incluso. Y no tiene protección contra ellos. Suele ser difícil afrontarlo; requiere, cuando menos, hondura en la mirada. El comercio carece de estos privilegios.

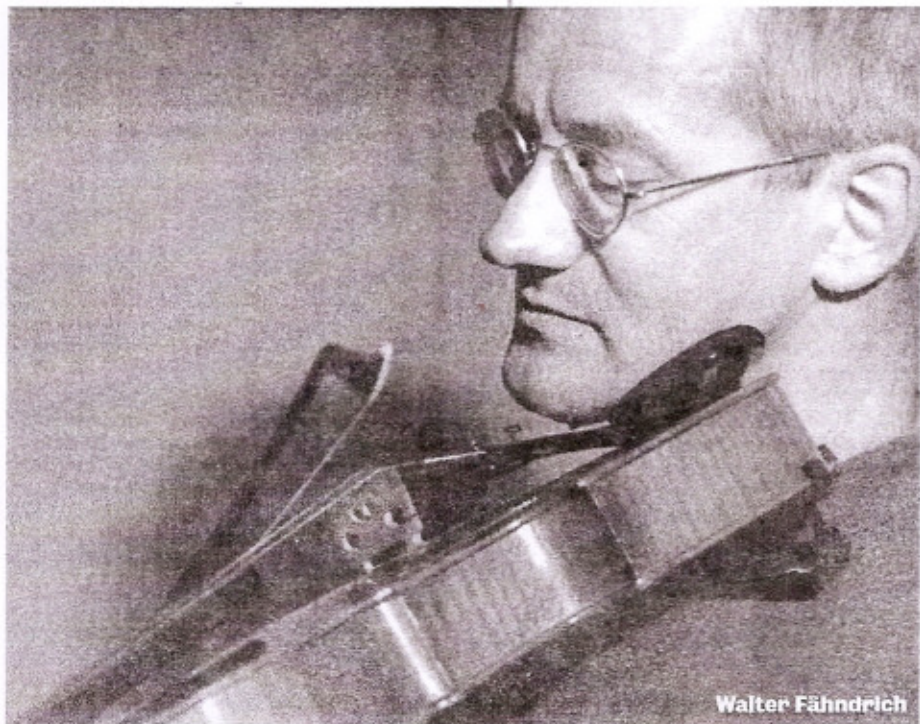
—¿Cuáles son sus proyectos más inmediatos?

—Publicar un disco de música electroacústica y otro con miniaturas sonoras. Los dos están grabados, pero aún desconozco la firma que los editará.

—¿ECM, quizás?

—Quizás. Ya se verá. En todo caso, lo más inmediato es la presentación en Madrid de uno de mis conciertos para espacio, que, después del que ofrecí en Lanzarote hace cuatro años, representa mi reestreno en su país.

L. M.



Walter Fährdrich